Mateo

CAPÍTULO 1

1 Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.
2 Abraham engendró a Isaac, e Isaac engendró a Jacob, y Jacob engendró a Judas y a sus hermanos.
3 Y Judas engendró de Tamar a Fares y a Zara; Fares engendró a Esrom, y Esrom engendró a Aram;
4 Y Aram engendró a Aminadab; y Aminadab engendró a Naasón; y Naasón engendró a Salmón;
5 Y Salmón engendró de Rahab a Booz; Booz engendró de Rut a Obed; y Obed engendró a Isaí;
6 Y Isaí engendró al rey David, y el rey David engendró a Salomón de la que había sido mujer de Urías.
7 Y Salomón engendró a Roboam; y Roboam engendró a Abia; y Abia engendró a Asa;
8 Y Asa engendró a Josafat; y Josafat engendró a Joram; y Joram engendró a Ozías;
9 Y Ozías engendró a Joatham; y Joatham engendró a Acaz; y Acaz engendró a Ezequías;
10 Y Ezequías engendró a Manasés; y Manasés engendró a Amón; y Amón engendró a Josías;
11 Y Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en el tiempo de la deportación a Babilonia.
12 Y después que fueron deportados a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, y Salatiel engendró a Zorobabel,
13 Y Zorobabel engendró a Abiud; y Abiud engendró a Eliaquim; y Eliaquim engendró a Azor;
14 Y Azor engendró a Sadoc; y Sadoc engendró a Aquim; y Aquim engendró a Eliud;
15 Y Eliud engendró a Eleazar; y Eleazar engendró a Matán; y Matán engendró a Jacob;
16 Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo.
17 De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones; y desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce generaciones; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones.
18 El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo.
19 Pero José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla en secreto.
20 Y mientras él pensaba en esto, he aquí un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es.
21 Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.
22 Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo:
23 He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.
24 Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer.
25 Y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y llamó su nombre JESÚS.

CAPÍTULO 2

1 Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos,
2 diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle.
3 Oyendo esto el rey Herodes, se turbó, y toda Jerusalén con él.
4 Y convocados todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo.
5 Y ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta:
6 Y tú, Belén, de la tierra de Judá, No eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guiador, que apacentará a mi pueblo Israel.
7 Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, indagó de ellos diligentemente el tiempo de la aparición de la estrella.
8 Y enviándolos a Belén, dijo: Id y averiguad con diligencia acerca del niño; y cuando le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore.
9 Ellos, pues, oyendo al rey, se fueron; y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño.
10 Y cuando vieron la estrella, se regocijaron con gran alegría.
11 Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra.
12 Y avisados por revelación en sueños que no volviesen a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.
13 Y después que ellos partieron, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y quédate allá hasta que yo te diga; porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo.
14 Y él se levantó, tomó al niño y a su madre de noche, y se fue a Egipto;
15 Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo.
16 Herodes entonces, cuando se vio burlado por los magos, se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había indagado de los magos.
17 Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo:
18 Voz fue oída en Ramá, Grande lamentación y lloro y gemido; Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque perecieron.
19 Pero después de muerto Herodes, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto,
20 diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban la muerte del niño.
21 Entonces él se levantó, y tomó al niño y a su madre, y vino a tierra de Israel.
22 Pero cuando oyó que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, tuvo miedo de ir allá; pero cuando Dios lo advirtió en sueños, se fue a la región de Galilea.

23 Y vino y habitó en la ciudad que se llama Nazaret; para que se cumpliese lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado Nazareno.

CAPÍTULO 3

1 En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea,
2 y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.
3 Porque éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, Enderezad sus sendas.
4 Y este mismo Juan tenía su vestido de pelo de camello, y un cinto de cuero a la cintura; y su comida era langostas y miel silvestre.
5 Entonces salió a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán,
6 y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados.
7 Pero cuando vio que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?
8 Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento,
9 Y no penséis decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras.
10 Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego.
11 Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego;
12 Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.
13 Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, a Juan, para ser bautizado por él.
14 Pero Juan se lo impedía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?
15 Respondiendo Jesús, le dijo: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó.
16 Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él.
17 Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia.

CAPÍTULO 4

1 Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.
2 Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre.
3 Y vino a él el tentador y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.
4 Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.
5 Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo,
6 Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, Y en sus manos te sostendrán, Para que no tropieces con tu pie en piedra.
7 Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.
8 Otra vez el diablo le llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria,
9 Y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares.
10 Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.
11 Entonces el diablo le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.
12 Cuando Jesús oyó que Juan estaba en la cárcel, se fue a Galilea;
13 Y dejando Nazaret, vino y habitó en Capernaum, ciudad marítima, en la región de Zabulón y de Neftalí;
14 para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo:
15 La tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles;
16 El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció.
17 Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.
18 Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores.
19 Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.
20 Y ellos, dejando luego sus redes, le siguieron.
21 Pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes; y los llamó.
22 Ellos, dejando inmediatamente la barca y a su padre, le siguieron.
23 Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.
24 Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó.
25 Y le siguieron grandes multitudes de pueblo de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán.

CAPÍTULO 5

1 Y viendo las multitudes, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos,
2 Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo:
3 Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
4 Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.
5 Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.
6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

7 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
8 Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.
9 Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
10 Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.
11 Bienaventurados seréis cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.
12 Regocijaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.
13 Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.
14 Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.
15 Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa.
16 Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.
17 No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.
18 Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.
19 De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.
20 Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.
21 Oísteis que fue dicho: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio.
22 Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, quedará expuesto ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.
23 Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti,
24 Deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.
25 Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel.
26 De cierto te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuadrante.
27 Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio.
28 Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.
29 Y si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.
30 Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.
31También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio;
32 Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.
33 Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos.
34 Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios;
35 Ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.
36 No jurarás por tu cabeza, porque no puedes hacer blanco o negro ni un solo cabello.
37 Pero sea vuestro hablar: Sí, sí, o no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.
38 Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente;
39 Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.
40 Y a cualquiera que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa.
41 Y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos.
42 Al que te pida, dale, y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses.
43 Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo.
44 Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen;
45 para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.
46 Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?
47 Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los publicanos?
48 Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

CAPÍTULO 6

1 Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.
2 Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres. De cierto os digo que ya tienen su recompensa.
3 Mas cuando tú des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha;
4 Para que tu limosna sea en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.
5 Y cuando ores, no seas como los hipócritas, porque ellos aman orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. De cierto os digo que ya tienen su recompensa.

6 Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.
7 Pero cuando oréis, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán escuchados.
8 No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.
9 Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
10 Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.
11 El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.
12 Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.
13 Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.
14 Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial;
15 Pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.
16 Cuando ayunéis, no seáis como los hipócritas, que demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. De cierto os digo que ya tienen su recompensa.
17 Mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro;
18 para que no parezcas a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.
19 No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;
20 sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan;
21 Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.
22 La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz.
23 Pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?
24 Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.
25 Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo que el vestido?
26 Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?
27 ¿Quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?
28 Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan;
29 Pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos.
30 Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?
31 Así que, no os afanéis, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?
32 Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.
33 Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.
34 Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.

CAPÍTULO 7

1 No juzguéis, para que no seáis juzgados.
2 Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido.
3 ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?
4 ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí, la viga está en tu propio ojo?
5 Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.
6 No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen.
7 Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.
8 Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.
9 ¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo le pide pan, le dará una piedra?
10 ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente?
11 Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?
12 Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.
13 Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella;
14 Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.
15 Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.
16 Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos?
17 Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos.
18 No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.
19 Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado al fuego.
20 Así que, por sus frutos los conoceréis.
21 No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.
22 Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?
23 Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.

24 Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca;
25 Y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.
26 Y cualquiera que me oye estas palabras, y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena;
27 Y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.
28 Y cuando Jesús terminó estas palabras, la gente se maravilló de su doctrina.
29 Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

CAPÍTULO 8

1 Cuando descendió del monte, le seguían grandes multitudes.
2 Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.
3 Y extendiendo Jesús la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció.
4 Y Jesús le dijo: Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos.
5 Y entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole,
6 y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado.
7 Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré.
8 Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi mozo sanará.
9 Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.
10 Cuando Jesús lo oyó, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.
11 Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos.
12 Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.
13 Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora.
14 Y llegó Jesús a casa de Pedro, y vio a su suegra postrada en cama, con fiebre.
15 Y le tocó la mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía.
16 Y cuando llegó la noche, le trajeron muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos.
17 para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.
18 Al ver Jesús que le rodeaban grandes multitudes, mandó pasar al otro lado.
19 Y vino un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas.
20 Y Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.
21 Otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre.
22 Pero Jesús le dijo: Sígueme; y deja que los muertos entierren a sus muertos.
23 Y entrando él en la barca, le siguieron sus discípulos.
24 Y he aquí se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía.
25 Y acercándose a él sus discípulos, le despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos.
26 Y les dijo: ¿Por qué estáis amedrentados, hombres de poca fe? Entonces se levantó y reprendió a los vientos y al mar; y sobrevino una gran calma.
27 Pero los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Quién es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?
28 Y cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino.
29 Y ellos gritaron, diciendo: ¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?
30 Y había a cierta distancia de ellos un hato de muchos cerdos paciendo.
31 Entonces los demonios le rogaron, diciendo: Si nos echas fuera, permítenos ir a aquella piara de cerdos.
32 Y él les dijo: Id. Y ellos salieron y se fueron a aquel hato de cerdos; y he aquí, todo el hato de cerdos se precipitó de un despeñadero al mar, y perecieron en las aguas.
33 Y los que los guardaban huyeron, y viniendo a la ciudad, contaron todas las cosas, y lo que había sucedido a los endemoniados.
34 Y he aquí toda la ciudad salió al encuentro de Jesús; y cuando le vieron, le rogaron que se fuera de sus términos.

CAPÍTULO 9

1Y entrando en una barca, pasó al otro lado y vino a su ciudad.
2 Y he aquí le trajeron un paralítico, tendido en una cama; y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.
3 Y he aquí algunos de los escribas decían dentro de sí: Este hombre blasfema.
4 Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?
5 Porque ¿qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda?
6 Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados, (dijo entonces al paralítico): Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.
7 Y él se levantó y se fue a su casa.
8 Y las multitudes, al verlo, se maravillaron y glorificaron a Dios, que había dado tal poder a los hombres.
9 Al pasar Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y él se levantó y le siguió.

10 Y aconteció que estando Jesús sentado a la mesa en casa, he aquí muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos.
11 Y cuando lo vieron los fariseos, dijeron a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?
12 Al oír esto Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.
13 Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio; porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.
14 Entonces vinieron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, pero tus discípulos no ayunan?
15 Y Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán.
16 Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque el remiendo tira del vestido, y la rotura se hace peor.
17 Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; sino que se echa el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan.
18 Mientras él les decía estas cosas, vino un principal y se postró ante él, diciendo: Mi hija acaba de morir; mas ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá.
19 Y se levantó Jesús y le siguió, y también sus discípulos.
20 Y he aquí una mujer que hacía doce años padecía de flujo de sangre, se acercó a él por detrás y tocó el borde de su manto;
21 Porque decía dentro de sí: Si tocare solamente su manto, seré salva.
22 Pero Jesús, volviéndose y mirándola, le dijo: Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado. Y la mujer quedó sana desde aquella hora.
23 Y cuando Jesús entró en casa del principal, y vio a los que tocaban flautas y al gentío que hacía alboroto,
24 Él les dijo: Apartaos, que la muchacha no está muerta, sino que duerme. Y se burlaron de él.
25 Pero cuando la gente fue echada fuera, entró y la tomó de la mano; y la muchacha se levantó.
26 Y se divulgó la fama de esto por toda aquella tierra.
27 Y cuando Jesús se fue de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: ¡Hijo de David, ten misericordia de nosotros!
28 Y cuando llegó a casa, vinieron a él los ciegos; y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos le respondieron: Sí, Señor.
29 Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho.
30 Y les fueron abiertos los ojos; y Jesús les encargó rigurosamente, diciendo: Mirad que nadie lo sepa.
31 Pero ellos, salidos, divulgaron su fama por toda aquella tierra.
32 Y al salir ellos, he aquí, le trajeron un mudo, endemoniado.
33 Y echado fuera el demonio, el mudo habló; y la gente se maravilló, y dijo: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel.
34 Pero los fariseos decían: Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios.
35 Y recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.
36 Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor.
37 Luego dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos;
38 Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.

CAPÍTULO 10

1 Y llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia.
2 Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano;
3 Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, y Lebeo, por sobrenombre Tadeo;
4 Simón el cananeo, y Judas Iscariote, el que también le entregó.
5 A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones, diciendo: Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis;
6 Pero id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel.
7 Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado.
8 Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios: de gracia recibisteis, dad de gracia.
9 No os llevéis oro, ni plata, ni bronce en vuestros bolsos,
10 Ni de alforja para el camino, ni de dos túnicas, ni de zapatos, ni de bordón; porque el obrero es digno de su alimento.
11 Y en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos quién en ella sea digno, y posad allí hasta que salgáis.
12 Y cuando entréis en alguna casa, saludadla.
13 Y si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros.
14 Y cualquiera que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies.
15 De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad.
16 He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.
17 Pero guardaos de los hombres; porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán;
18 Y seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles.
19 Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar.
20 Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.
21 Y el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir.

22 Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.
23 Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque de cierto os digo que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre.
24 El discípulo no es superior a su maestro, ni el siervo superior a su señor.
25 Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?
26 Así que, no los temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado, ni oculto, que no haya de saberse.
27 Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo desde los terrados.
28 Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.
29 ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre.
30 Pero aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.
31 Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos.
32 A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.
33 Pero a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.
34 No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada.
35 Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra.
36 Y los enemigos del hombre serán los de su misma casa.
37 El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí.
38 Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.
39 El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará.
40 El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.
41 El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá.
42 Y cualquiera que dé de beber a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.

CAPÍTULO 11

1 Aconteció que cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos.
2 Cuando Juan oyó en la prisión las obras de Cristo, envió a dos de sus discípulos,
3 Y le dijo: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?
4 Respondió Jesús y les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis.
5 Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres es anunciado el evangelio.
6 Y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.
7 Mientras ellos se iban, Jesús comenzó a decir a la multitud acerca de Juan: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?
8 ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que llevan ropas delicadas están en las casas de los reyes.
9 ¿Qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Os digo que sí, y más que profeta.
10 Porque éste es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, El cual preparará tu camino delante de ti.
11 De cierto os digo que entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él.
12 Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.
13 Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan.
14 Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir.
15 El que tiene oídos para oír, que oiga.
16 ¿A qué compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas y dan voces a sus compañeros,
17 y diciendo: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis.
18 Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene.
19 Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Pero la sabiduría es justificada por sus hijos.
20 Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido,
21 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se habrían arrepentido en cilicio y en ceniza.
22 Pero yo os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras.
23 Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta los Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy.
24 Pero yo os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti.
25 En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.
26Sí, Padre, porque así te agradó.
27 Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce

alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.
28 Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.
29 Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.
30 Porque mi yugo es suave y ligera mi carga.

CAPÍTULO 12

1 En aquel tiempo iba Jesús por los sembrados un día de reposo; y sus discípulos tuvieron hambre, y comenzaron a arrancar espigas y a comer.
2 Cuando lo vieron los fariseos, le dijeron: Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo.
3 Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre?
4 cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no les era lícito comer a él ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes?
5 ¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo, y son sin culpa?
6 Pero os digo que uno mayor que el templo está aquí.
7 Pero si supieseis qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes.
8 Porque el Hijo del Hombre es Señor también del día de reposo.
9Y saliendo de allí, entró en la sinagoga de ellos;
10 Y he aquí, había allí un hombre que tenía seca una mano; y le preguntaron, diciendo: ¿Es lícito sanar en el día de reposo?, para poder acusarle.
11 Y les dijo: ¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante?
12 Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por lo cual es lícito hacer el bien en los días de reposo.
13 Luego dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y le fue restituida sana como la otra.
14 Entonces salidos los fariseos, tuvieron consejo contra él para destruirle.
15 Pero Jesús, sabiéndolo, se apartó de allí; y le siguieron grandes multitudes, y sanó a todos;
16 Y les mandó que no lo descubriesen;
17 para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo:
18 He aquí mi siervo, a quien he escogido, mi amado, en quien se complace mi alma; pondré sobre él mi Espíritu, y a las naciones anunciará juicio.
19 No contenderá, ni clamorará, Ni nadie oirá en las calles su voz.
20 La caña cascada no quebrará, ni el pábilo que humeare no apagará, hasta que saque a victoria el juicio.
21 Y en su nombre esperarán las naciones.
22 Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba.
23 Y todo el pueblo estaba asombrado, y decía: ¿No es éste aquel hijo de David?
24 Pero cuando lo oyeron los fariseos, dijeron: Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios.
25 Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá.
26 Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?
27 Y si yo por Beelzebú echo fuera los demonios, ¿vuestros hijos por quién los echan? Ellos, pues, serán vuestros jueces.
28 Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios.
29 Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa de un hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces saqueará su casa.
30 El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.
31 Por tanto os digo que todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada.
32 Y a cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero.
33 O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo; porque por el fruto se conoce el árbol.
34 ¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca.
35 El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas.
36 Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.
37 Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.
38 Entonces algunos de los escribas y de los fariseos respondieron, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal.
39 Él respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no se le dará, sino la señal del profeta Jonás.
40 Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.
41 Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar.
42 La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón; y he aquí más que Salomón en este lugar.
43 Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla.
44 Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada.
45 Luego va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel

hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación.
46 Mientras él aún hablaba con el pueblo, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y querían hablar con él.
47 Entonces uno le dijo: He aquí, tu madre y tus hermanos están afuera, y quieren hablar contigo.
48 Él respondió y dijo al que le hablaba: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?
49 Y extendió su mano hacia sus discípulos, y dijo: He aquí mi madre y mis hermanos.
50 Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.

CAPÍTULO 13

1 Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar.
2 Y se juntó alrededor de él mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó; y toda la multitud estaba en la playa.
3 Y les habló muchas cosas en parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar;
4 Y al sembrar, una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y la comieron.
5 Parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra;
6 Y salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó.
7 Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron.
8 Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno.
9 El que tiene oídos para oír, que oiga.
10 Y acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?
11 Él respondió y les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no les es dado.
12 Porque a todo el que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.
13 Por eso les hablo en parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden.
14 Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis.
15 Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, Y con los oídos oyen pesadamente, Y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, Y oigan con los oídos, Y con el corazón entiendan, Y se conviertan, Y yo los sane.
16 Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen.
17 Porque de cierto os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.
18 Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador.
19 Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo y arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Éste es el que fue sembrado junto al camino.
20 Mas el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo,
21 Pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza.
22 El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa.
23 Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno.
24 Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo;
25 Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue.
26 Pero cuando la hierba brotó y produjo fruto, entonces apareció también la cizaña.
27 Vinieron, pues, los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña?
28 El les respondió: Un enemigo ha hecho esto. Los siervos le respondieron: ¿Quieres, pues, que vayamos y los recojamos?
29 Pero él dijo: No; no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo.
30 Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.
31 Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo;
32 La cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas.
33 Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado.
34 Todo esto habló Jesús en parábolas a la multitud, y sin parábolas no les hablaba;
35 para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: Abriré en parábolas mi boca; proferiré cosas ocultas desde la fundación del mundo.
36 Entonces despidió Jesús a la multitud y entró en casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo.
37 Él respondió y les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre;
38 El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo;
39 El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; y los segadores son los ángeles.
40 De manera que, como se recoge la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo.
41 Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad;
42 Y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.
43 Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, que oiga.
44 Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

45 Además, el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas,
46 El cual, habiendo hallado una perla de gran precio, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.
47 Además, el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda especie de peces;
48 La cual, cuando estuvo llena, la sacaron a la orilla; y sentados, recogieron lo bueno en cestas, y lo malo echaron fuera.
49 Así será al fin del mundo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos,
50 Y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.
51 Jesús les dijo: ¿ Habéis entendido todas estas cosas? Ellos le dijeron: Sí, Señor.
52 Entonces les dijo: Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.
53 Y aconteció que cuando Jesús terminó estas parábolas, se fue de allí.
54 Y llegado a su tierra, les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que ellos se maravillaban, y decían: ¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estos milagros?
55 ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas?
56 ¿Y no están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene éste todas estas cosas?
57 Y se escandalizaban a causa de él. Pero Jesús les dijo: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra y en su casa.
58 Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.

CAPÍTULO 14

1 En aquel tiempo Herodes el tetrarca oyó la fama de Jesús,
2 Y dijo a sus siervos: Este es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él poderes milagrosos.
3 Porque Herodes había prendido a Juan, lo había encadenado y lo había puesto en la cárcel, por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano.
4 Porque Juan le decía: No te es lícito tenerla.
5 Y cuando quería matarlo, temía al pueblo, porque le tenían por profeta.
6 Pero cuando se celebraba el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio, y agradó a Herodes.
7 Entonces él le prometió con juramento darle todo lo que ella pidiese.
8 Y ella, instruida antes por su madre, dijo: Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista.
9 Y el rey se entristeció; pero a causa del juramento, y de los que estaban juntamente a la mesa, mandó que se le diese.
10 Y envió a decapitar a Juan en la cárcel.
11 Y fue traída su cabeza en un plato, y dada a la muchacha, y ella la trajo a su madre.
12 Y vinieron sus discípulos, y tomaron el cuerpo, y lo enterraron; y fueron y se lo dijeron a Jesús.
13 Cuando Jesús lo oyó, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado; y cuando la gente lo oyó, le siguió a pie desde las ciudades.
14 Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos.
15 Cuando anochecía, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya pasada; despide a la multitud para que vayan por las aldeas y compren de comer.
16 Pero Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer.
17 Y le dijeron: No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces.
18 Él dijo: Traédmelos acá.
19 Y mandó a la multitud que se recostase sobre la hierba, y tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió, y dio los panes a sus discípulos, y los discípulos a la multitud.
20 Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas.
21 Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.
22 Y luego Jesús hizo a sus discípulos entrar en una barca e ir delante de él a la otra orilla, entre tanto que él despedía a la multitud.
23 Y después de despedir a la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo.
24 Pero la barca ya estaba en medio del mar, azotada por las olas; porque el viento era contrario.
25 Y a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar.
26 Y cuando los discípulos lo vieron andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un espíritu! Y gritaron de miedo.
27 Pero luego Jesús les habló diciendo: ¡ Tened ánimo; yo soy, no temáis!
28 Entonces Pedro le respondió y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.
29 Y él le dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre el agua para ir a Jesús.
30 Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, gritó: ¡Señor, sálvame!
31 Y al instante Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?
32 Y cuando ellos subieron a la barca, se calmó el viento.
33 Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios.
34 Y después que hubieron pasado, llegaron a la tierra de Genesaret.
35 Y cuando los hombres de aquel lugar lo reconocieron, enviaron a toda aquella tierra de alrededor, y trajeron a él todos los que tenían algún mal;
36 Y le rogaban que les dejase tocar solamente el borde de su manto; y todos los que lo tocaron quedaron sanos.

CAPÍTULO 15

1Entonces se acercaron a Jesús algunos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo:
2 ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan.
3 Él respondió y les dijo: ¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?

4 Porque Dios mandó, diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente.
5 Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es una ofrenda mía, cualquier cosa que yo pudiera hacerte de provecho,
6 Y no honrará a su padre ni a su madre; será libre. Así invalidaréis el mandamiento de Dios por vuestra tradición.
7 Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo:
8 Este pueblo de labios me honra; pero su corazón está lejos de mí.
9 Pero en vano me honran, Enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.
10 Y llamando a la multitud, les dijo: Oíd, y entended:
11 No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre.
12 Entonces acercándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se ofendieron cuando oyeron esta palabra?
13 Él respondió y dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada.
14 Dejadlos, porque son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guía al ciego, ambos caerán en el hoyo.
15 Respondió entonces Pedro y le dijo: Explícanos esta parábola.
16 Y Jesús dijo: ¿También vosotros estáis aún sin entendimiento?
17 ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina?
18 Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre.
19 Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias;
20 Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero comer con las manos sin lavar no contamina al hombre.
21 Salió Jesús de allí y se fue a la región de Tiro y de Sidón.
22 Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí; mi hija es gravemente atormentada por un demonio.
23 Pero él no le respondió palabra. Entonces, acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, porque da voces tras nosotros.
24 Él respondió y dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.
25 Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme!
26 Él respondió y dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos.
27 Y ella dijo: Verdad, Señor; pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.
28 Respondióle Jesús y le dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija quedó sana desde aquella hora.
29 Y partiendo Jesús de allí, vino cerca del mar de Galilea; y subió al monte, y se sentó allí.
30 Y vinieron a él grandes multitudes, trayendo consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó.
31 De tal manera que la multitud se maravillaba viendo a los mudos hablar, a los mancos sanar, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel.
32 Entonces Jesús llamó a sus discípulos y dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y no los despediré en ayunas, para que no desmayen en el camino.
33 Y sus discípulos le dijeron: ¿De dónde tendremos en el desierto tantos panes, para saciar a una multitud tan grande?
34 Jesús les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos respondieron: Siete, y unos pocos pececillos.
35 Y mandó a la multitud que se sentara en el suelo.
36 Y tomó los siete panes y los peces, y dio gracias, y los partió y dio a sus discípulos, y los discípulos a la multitud.
37 Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, siete cestas llenas.
38 Y los que comieron fueron cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.
39 Y despidió la multitud, y subió a la barca, y vino a los términos de Magdala.

CAPÍTULO 16

1 Vinieron también los fariseos y los saduceos, y para tentarle, le pidieron que les mostrase señal del cielo.
2 Él respondió y les dijo: Cuando atardece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles.
3 Por la mañana habrá un día de mal tiempo, porque el cielo está rojo y nublado. ¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¿pero no podéis discernir las señales de los tiempos?
4 La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no se le dará, sino la señal del profeta Jonás. Y dejándolos, se fue.
5 Y cuando sus discípulos llegaron a la otra orilla, se olvidaron de tomar pan.
6 Entonces Jesús les dijo: Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos.
7 Y ellos discutían entre sí, diciendo: Esto es porque no trajimos pan.
8 Lo cual cuando Jesús lo entendió, les dijo: ¡Hombres de poca fe! ¿Por qué disputáis entre vosotros porque no trajisteis pan?
9 ¿No entendéis aún, ni os acordáis de los cinco panes entre cinco mil, y de cuántas canastas recogisteis?
10 ¿Ni de los siete panes entre cuatro mil, y cuántas canastas recogisteis?
11 ¿Cómo es que no entendéis que no fue fue el pan el que os dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y de los saduceos?
12 Entonces entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos.
13 Cuando llegó Jesús a las regiones de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?
14 Y ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas.
15 Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?
16 Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente.

17 Entonces le respondió Jesús y le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.
18 Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.
19 Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos; y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.
20 Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijesen que él era Jesús el Cristo.
21 Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.
22 Entonces Pedro, tomándole por asalto, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera te acontezca esto.
23 Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡ Quítate de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en lo que es de Dios, sino en lo que es de los hombres.
24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.
25 Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.
26 Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?
27 Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.
28 De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino.

CAPÍTULO 17

1 Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto,
2 Y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y su vestido se hizo blanco como la luz.
3 Y he aquí se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él.
4 Entonces respondió Pedro y dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres carpas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías.
5 Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.
6 Al oír esto, los discípulos cayeron sobre sus rostros y tuvieron gran temor.
7 Y acercándose Jesús, los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis.
8 Y cuando alzaron los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo.
9Y cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos.
10 Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?
11 Respondió Jesús y les dijo: A la verdad, Elías vendrá primero, y restaurará todas las cosas.
12 Pero os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron. Así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos.
13 Entonces los discípulos comprendieron que les hablaba de Juan el Bautista.
14 Y cuando llegaron a la multitud, se le acercó un hombre que se arrodilló delante de él y le dijo:
15 Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísimo; porque muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua.
16 Y lo traje a tus discípulos, pero no pudieron curarlo.
17 Respondió Jesús y dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de soportar? Traédmelo acá.
18 Y Jesús reprendió al demonio, el cual salió de él; y el niño quedó sano desde aquella hora.
19 Entonces los discípulos vinieron a Jesús aparte, y dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?
20 Y Jesús les dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá; y se pasará; y nada os será imposible.
21 Pero este género no sale sino con oración y ayuno.
22 Y estando ellos en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres;
23 Y lo matarán, pero al tercer día resucitará. Y se entristecieron mucho.
24 Cuando llegaron a Capernaúm, vinieron a Pedro los que cobraban el tributo y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga el tributo?
25 Él le respondió: Sí. Y cuando llegó a casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? ¿De quiénes cobran los tributos o los impuestos los reyes de la tierra? ¿De sus hijos o de los extraños?
26 Pedro le dijo: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos quedan exentos.
27 Pero para no ofenderlos, ve tú al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás una pieza de plata; tómala, y dásela por mí y por ti.

CAPÍTULO 18

1En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?
2 Y llamó Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos,
3 Y dijo: De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños pequeños, no entraréis en el reino de los cielos.
4 Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos.
5 Y el que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe.
6 Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería si le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran a lo profundo del mar.
7 ¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!
8 Así que, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalos y échalos de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco,

que teniendo dos manos o dos pies ser echado al fuego eterno.
9 Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego.
10 Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.
11 Porque el Hijo del Hombre vino para salvar lo que se había perdido.
12 ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarría una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado?
13 Y si acontece que la halla, de cierto os digo que se regocija más por aquella, que por las noventa y nueve que no se descarriaron.
14 Así también, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños.
15Y si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, habrás ganado a tu hermano.
16 Pero si no te oyere, toma aún contigo uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra.
17 Y si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano.
18 De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, quedará atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, quedará desatado en el cielo.
19 Otra vez os digo que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.
20 Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.
21 Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?
22 Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.
23 Por lo cual, el reino de los cielos es semejante a un hombre rey que quiso hacer cuentas con sus siervos.
24 Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos.
25 Pero como no tenía con qué pagar, su señor mandó venderle a él, y a su mujer y a sus hijos, y todo lo que tenía, y que se le pagase.
26 Entonces el siervo, postrándose, le adoró, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.
27 Entonces el señor de aquel siervo, movido a compasión, le soltó y le perdonó la deuda.
28 Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y ahogándole, le echó mano, diciendo: Págame lo que me debes.
29 Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.
30 Pero él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda.
31 Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había sucedido.
32 Entonces su señor, llamándole, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste;
33 ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?
34 Y su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía.
35 Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.

CAPÍTULO 19

1 Aconteció que cuando Jesús acabó estas palabras, salió de Galilea y vino a las regiones de Judea, al otro lado del Jordán;
2 Y le siguieron grandes multitudes; y los sanó allí.
3 Se acercaron a él los fariseos, para tentarle y decirle: ¿Es lícito al marido repudiar a su mujer por cualquier causa?
4 Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo,
5 Y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne.
6 Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.
7 Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?
8 Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así.
9 Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera.
10 Sus discípulos le dijeron: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.
11 Pero él les dijo: No todos pueden recibir esto, sino aquellos a quienes les es dado.
12 Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibirlo, que lo reciba.
13 Entonces le fueron presentados unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos, y orase; y los discípulos los reprendieron.
14 Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos.
15 Y puso sobre ellos las manos, y se fue de allí.
16 Y he aquí, uno se acercó y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?
17 Y él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino uno solo: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.
18 Él le dijo: ¿Cuáles? Jesús le dijo: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no darás falso testimonio,
19 Honra a tu padre y a tu madre, y: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.
20 El joven le respondió: Todo esto lo he guardado desde mi juventud; ¿qué más me falta?
21 Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme.
22 Pero el joven, al oír estas palabras, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.
23 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos.

24 Otra vez os digo que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.
25 Cuando sus discípulos oyeron esto, se maravillaron en gran manera, y decían: ¿Quién, pues, podrá ser salvo?
26 Pero Jesús, mirándolos, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible.
27 Respondió entonces Pedro y le dijo: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?
28 Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.
29 Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.
30 Pero muchos primeros serán últimos, y últimos serán primeros.

CAPÍTULO 20

1 Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña.
2 Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña.
3 Y saliendo cerca de la hora tercera, vio a otros que estaban en la plaza desocupados,
4 Y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos se fueron.
5 Volvió a salir alrededor de la hora sexta y de la hora novena, e hizo lo mismo.
6 Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?
7 Ellos le respondieron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo.
8Cuando llegó la tarde, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros.
9 Y vinieron los que habían sido contratados cerca de la hora undécima, y cada uno recibió un denario.
10 Pero cuando vinieron los primeros, pensaron que recibirían más; pero ellos también recibieron cada uno un denario.
11 Y cuando lo recibieron, murmuraron contra el padre de familia,
12 diciendo: Estos postreros sólo una hora han trabajado, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día.
13 Pero él respondió a uno de ellos y dijo: Amigo, ningún agravio te hago. ¿No te concertaste conmigo en un denario?
14 Toma lo que es tuyo, y vete; yo daré a este postrero lo mismo que a ti.
15 ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿Acaso tienes acaso mala opinión de que yo soy bueno?
16 Así, los primeros serán últimos, y los últimos, primeros; porque muchos son llamados, pero pocos escogidos.
17 Subiendo Jesús a Jerusalén, tomó a los doce discípulos aparte en el camino, y les dijo:
18 He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte,
19 Y le entregará a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará.
20 Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo.
21 Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le respondió: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda.
22 Respondió Jesús y dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos le dijeron: Podemos.
23 Y les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre.
24 Cuando los diez oyeron esto, se indignaron contra los dos hermanos.
25 Pero Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad.
26 Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor;
27 Y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo;
28 Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.
29 Y cuando ellos salieron de Jericó, le siguió una gran multitud.
30 Y he aquí dos ciegos que estaban sentados junto al camino, cuando oyeron que Jesús pasaba, clamaron, diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.
31 Y la multitud les reprendía para que callasen; pero ellos clamaban más, diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!
32 Y deteniéndose Jesús, los llamó, y dijo: ¿Qué queréis que os haga?
33 Le dijeron: Señor, que se nos abran los ojos.
34 Entonces Jesús, teniendo compasión de ellos, les tocó los ojos; y al instante sus ojos recibieron la vista; y le siguieron.

CAPÍTULO 21

1 Cuando se acercaron a Jerusalén, y llegaron a Betfagé, al monte de los Olivos, entonces Jesús envió dos discípulos,
2 Y díjoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadlos, y traédmelos.
3 Y si alguno os dijere algo, decidle: El Señor los necesita; y luego los enviará.
4 Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo:
5 Decid a la hija de Sión: He aquí tu Rey vendrá a ti, Manso, y sentado sobre un asno, Sobre un pollino, hijo de animal de carga.
6 Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó,

7 Y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos, y le sentaron encima.
8 Y una multitud muy grande tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino.
9 Y la multitud que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!
10 Y cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste?
11 Y la multitud decía: Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea.
12 Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas,
13 Y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho.
14 Y vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó.
15 Y los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los niños aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David!, se enojaron mucho.
16 Y le dijeron: ¿Oyes lo que éstos dicen? Y Jesús les respondió: Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los infantes y de los que maman perfeccionaste la alabanza?
17 Y dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, y posó allí.
18 Por la mañana, cuando regresaba a la ciudad, sintió hambre.
19 Y viendo una higuera cerca del camino, se acercó a ella, y no halló nada en ella, sino solamente hojas; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y luego la higuera se secó.
20 Y viéndolo los discípulos, se maravillaron, diciendo: ¡Cuán luego se secó la higuera!
21 Respondió Jesús y les dijo: De cierto os digo que si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho.
22 Y todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis.
23 Y cuando entró en el templo, se acercaron a él los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo mientras enseñaba, y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad?
24 Respondió Jesús y les dijo: Yo también os preguntaré una cosa, y si me la contestáis, yo también os diré con qué autoridad hago estas cosas.
25 El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres? Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?
26 Pero si decimos, de los hombres, tememos al pueblo; porque todos tienen a Juan por profeta.
27 Respondieron a Jesús y dijeron: No lo sabemos. Y él les dijo: Tampoco yo os diré con qué autoridad hago estas cosas.
28 Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos; y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña.
29 Él respondió y dijo: No quiero. Pero después se arrepintió y fue.
30 Y acercándose al segundo, le dijo lo mismo. Y él respondiendo, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue.
31 ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Le dijeron: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo que los publicanos y las rameras os preceden en el reino de Dios.
32 Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.
33 Oíd otra parábola: Había un padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de seto, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos.
34 Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para que recibiesen sus frutos.
35 Y los labradores, tomando a los siervos, a uno hirieron, a otro mataron, y al otro apedrearon.
36 Volvió a enviar otros siervos, más que los primeros, y les hicieron lo mismo.
37 Y por último les envió a su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo.
38 Pero cuando los labradores vieron al hijo, dijeron entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su herencia.
39 Y le tomaron, y le echaron fuera de la viña, y le mataron.
40Y cuando venga el señor de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?
41 Ellos le dijeron: Destruirá miserablemente a aquellos malos hombres, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a sus tiempos.
42 Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo; por el Señor es hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos?
43 Por tanto os digo que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él.
44 Y cualquiera que cayere sobre esta piedra, será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará.
45 Y los principales sacerdotes y los fariseos, cuando oyeron sus parábolas, entendieron que hablaba de ellos.
46 Pero cuando procuraban echarle mano, temieron al pueblo, porque lo tenían por profeta.

CAPÍTULO 22

1 Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, y dijo:
2 El reino de los cielos es semejante a un hombre rey que hizo bodas a su hijo,
3 Y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; pero no quisieron venir.
4 Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, mi comida he preparado; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas.
5 Pero ellos no se preocuparon de ello, y se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios.
6 Y el resto tomó a sus siervos, y los insultó, y los mató.
7 Pero cuando el rey oyó esto, se enojó, y envió sus ejércitos y destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad.

8 Luego dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; pero los que fueron convidados no eran dignos.
9 Id, pues, a los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis.
10 Y saliendo los siervos por los caminos, reunieron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y la boda fue llena de convidados.
11 Y cuando el rey entró para ver a los convidados, vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda;
12 Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin estar vestido de boda? Y él se quedó mudo.
13 Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.
14 Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos.
15 Entonces fueron los fariseos y consultaron cómo sorprenderle en alguna palabra.
16 Y le enviaron los discípulos de ellos con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres.
17 Dinos, pues, ¿qué te parece? ¿Es lícito dar tributo a César, o no?
18 Pero Jesús, conociendo su malicia, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?
19 Mostradme la moneda del tributo. Y le presentaron un denario.
20 Y les dijo: ¿De quién es esta imagen, y la inscripción?
21 Le dijeron: De César. Entonces él les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.
22 Y al oír estas palabras, se maravillaron, y dejándole, se fueron.
23 Aquel día vinieron a él los saduceos, que niegan que haya resurrección, y le preguntaron:
24 Diciendo: Maestro, Moisés dijo: Si alguno muriere sin hijos, su hermano se casará con su mujer, y levantará descendencia a su hermano.
25 Había, pues, entre nosotros siete hermanos; y el primero se casó, y murió; y no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano.
26 Asimismo también el segundo, y el tercero, hasta el séptimo.
27 Y después de todos murió también la mujer.
28 En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer? Porque todos la tuvieron.
29 Respondió Jesús y les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios.
30 Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo.
31 Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo:
32 Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.
33 Y cuando la multitud oyó esto, se maravillaron de su doctrina.
34 Pero los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una.
35 Entonces uno de ellos, intérprete de la ley, le preguntó para tentarle, diciendo:
36 Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?
37 Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.
38 Éste es el primero y grande mandamiento.
39 Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.
40 De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.
41 Mientras los fariseos estaban reunidos, Jesús les preguntó:
42 Diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: Hijo de David.
43 Él les dijo: ¿Cómo, pues, David en el Espíritu le llama Señor, diciendo:
44 Dijo Jehová a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.
45 Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?
46 Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más.

CAPÍTULO 23

1 Entonces habló Jesús a la multitud y a sus discípulos:
2 diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos;
3 Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; pero no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen.
4 Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con uno de sus dedos las quieren mover.
5 Pero hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres: ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos,
6 y aman los primeros asientos en los banquetes, y los primeros asientos en las sinagogas,
7 y salutaciones en las plazas, y ser llamados por los hombres: Rabí, Rabí.
8 Pero vosotros, no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos.
9Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos.
10 Ni tampoco seáis llamados maestros; porque uno solo es vuestro Maestro, el Cristo.
11 Pero el que es mayor entre vosotros será vuestro servidor.
12 Y cualquiera que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido.
13 Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando.
14 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación.
15 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros.
16 ¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: Cualquiera que jurare por el templo, no es nada; pero cualquiera que jurare por el oro del templo, es deudor!

17 ¡Necios y ciegos! Porque ¿cuál es mayor, el oro, o el templo que santifica al oro?
18 Y: Cualquiera que jurare por el altar, no es nada; pero cualquiera que jurare por la ofrenda que está sobre él, es culpable.
19 ¡Necios y ciegos! Porque ¿cuál es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda?
20 Así que, cualquiera que jura por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él.
21 Y el que jura por el templo, jura por él, y por aquel que habita en él.
22 Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado en él.
23 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar aquello.
24 ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!
25 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia.
26 ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera quede limpio.
27 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.
28 Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.
29 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los sepulcros de los justos,
30 Y decís: Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas.
31 Por lo cual sois testigos contra vosotros mismos de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas.
32 Vosotros también llenad la medida de vuestros padres.
33 ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo podéis escapar de la condenación del infierno?
34 Por tanto, he aquí, yo os envío profetas, sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad;
35 para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar.
36 De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.
37 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!
38 He aquí, vuestra casa os es dejada desierta.
39 Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

CAPÍTULO 24

1 Y salió Jesús y se iba del templo; y se acercaron a él sus discípulos para mostrarle los edificios del templo.
2 Y Jesús les dijo: ¿No veis todo esto? De cierto os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.
3 Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?
4 Respondió Jesús y les dijo: Mirad que nadie os engañe.
5 Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán.
6 Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin.
7 Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares.
8 Y todo esto será principio de dolores.
9 Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre.
10 Y muchos entonces tropezarán, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán.
11 Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos.
12 Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará.
13 Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.
14 Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.
15 Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda),
16 Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes;
17 El que esté en la azotea, no descienda a tomar algo de su casa;
18 Y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa.
19 ¡Ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días!
20 Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo;
21 porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá.
22 Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados.
23 Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis.
24 Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.
25 He aquí, os lo he dicho antes.
26 Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; mirad, está en las cámaras, no lo creáis.

27 Porque como el relámpago que sale del oriente y resplandece hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre.
28 Porque dondequiera que estuviere el cadáver, allí se juntarán las águilas.
29 E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas.
30 Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.
31 Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.
32 De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca.
33 Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas.
34 De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca.
35 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.
36 Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre.
37 Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre.
38 Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca,
39 Y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.
40 Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado.
41 Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada.
42 Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor.
43 Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa.
44 Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis.
45 ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo?
46 Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así.
47 De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá.
48 Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir;
49 Y comenzará a golpear a sus consiervos, y a comer y a beber con los borrachos;
50 Vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe,
51 Y lo castigará duramente, y le pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes.

CAPÍTULO 25

1 Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo.
2 Y cinco de ellas eran sabias, y cinco eran necias.
3 Las que eran insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite;
4 Pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas.
5 Y mientras el novio tardaba, todas cabecearon y se durmieron.
6 Y a medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!
7 Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas.
8 Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan.
9 Pero las prudentes respondieron, diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras; id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas.
10 Y mientras ellas iban a comprar, llegó el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta.
11 Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos.
12 Pero él respondió y dijo: De cierto os digo que no os conozco.
13 Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.
14 Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes.
15 Y a uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos.
16 Entonces el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos.
17 Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos.
18 Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor.
19 Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos.
20 Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos.
21 Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.
22Y llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos.
23 Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.
24Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste;
25 Y tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.

26 Respondió su señor y le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí;
27 Debías, pues, haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses.
28 Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene los diez talentos.
29 Porque a todo el que tiene, le será dado, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.
30 Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.
31 Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria,
32 Y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos;
33 Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.
34 Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.
35 Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis;
36 Estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.
37 Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber?
38 ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos?
39 ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?
40 Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.
41 Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.
42 Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber;
43 Fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.
44 Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?
45 Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis.
46 E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.

CAPÍTULO 26

1 Y cuando Jesús terminó todas estas palabras, dijo a sus discípulos:
2 Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.
3 Entonces los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote llamado Caifás,
4 Y decidieron prender con engaño a Jesús, y matarle.
5 Pero ellos dijeron: No en la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo.
6 Y estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso,
7 Vino a él una mujer, con un vaso de alabastro de perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando sentado a la mesa.
8 Al ver esto, sus discípulos se indignaron, y dijeron: ¿Para qué este desperdicio?
9 Porque este ungüento se hubiera podido vender a gran precio, y haberse dado a los pobres.
10 Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? porque buena obra me ha hecho.
11 Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis.
12 Porque derramó este ungüento sobre mi cuerpo, y lo hizo para mi sepultura.
13 De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.
14 Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes,
15 Y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos pactaron con él treinta piezas de plata.
16 Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarlo.
17 El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, los discípulos vinieron a Jesús y le dijeron: ¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?
18 Y él dijo: Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebraré la pascua con mis discípulos.
19 Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y prepararon la pascua.
20 Cuando llegó la tarde, se sentó a la mesa con los doce.
21 Y mientras comían, dijo: De cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar.
22 Y ellos se entristecieron mucho, y cada uno de ellos comenzó a decirle: ¿Soy yo, Señor?
23 Entonces él respondió y dijo: El que mete la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar.
24 El Hijo del Hombre va, según está escrito de él; mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido.
25 Respondiendo entonces Judas, el que le entregaba, dijo: ¿Soy yo, Maestro? Él le dijo: Tú lo has dicho.
26 Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo.
27 Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos;
28 porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.
29 Pero os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.
30 Y después de cantar el himno, salieron al monte de los Olivos.
31 Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas.
32 Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.

33 Respondió Pedro y le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.
34 Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces.
35 Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Todos los discípulos dijeron lo mismo.
36 Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras yo voy allí y oro.
37 Y tomó consigo a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera.
38 Entonces les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo.
39 Yéndose un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.
40 Y vino a sus discípulos, y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?
41 Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil.
42 Otra vez fue y oró por segunda vez y dijo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad.
43 Y cuando volvió, los halló otra vez durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño.
44 Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras.
45 Luego vino a sus discípulos y les dijo: Dormid ya y descansad; he aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores.
46 Levantaos, vamos; he aquí se acerca el que me entrega.
47 Mientras él aún hablaba, he aquí Judas, uno de los doce, vino, y con él una gran multitud con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo.
48 Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: A quien yo besare, ése es; retenedlo.
49 Y luego se acercó a Jesús y dijo: ¡Salve, Maestro! Y le besó.
50 Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué vienes? Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y le prendieron.
51 Y he aquí, uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del sumo sacerdote, le quitó la oreja.
52 Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que toman espada, a espada perecerán.
53 ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?
54 ¿Cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?
55 En aquella misma hora dijo Jesús a la multitud: ¿Como a un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis.
56 Pero todo esto sucedió para que se cumplieran las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.
57 Y los que prendieron a Jesús le llevaron ante el sumo sacerdote Caifás, donde estaban reunidos los escribas y los ancianos.
58 Pero Pedro le siguió de lejos hasta el patio del sumo sacerdote; y entrando, se sentó con los alguaciles, para ver el fin.
59 Y los principales sacerdotes, los ancianos y todo el concilio buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a muerte;
60 Pero no lo hallaron; y aunque se presentaron muchos testigos falsos, no lo hallaron. Al final se presentaron dos testigos falsos,
61 Y dijo: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo.
62 Entonces se levantó el sumo sacerdote y le dijo: ¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?
63 Pero Jesús calló. Entonces el sumo sacerdote le respondió: Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.
64 Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y sin embargo os digo que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder de la Palabra, y viniendo en las nubes del cielo.
65 Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado; ¿qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia.
66 ¿Qué os parece? Respondieron y dijeron: Es reo de muerte.
67 Entonces le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban con las palmas de las manos,
68 diciendo: Profetízanos, Cristo, quién es el que te ha herido.
69 Y Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo.
70 Pero él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices.
71 Y cuando él salió al pórtico, le vio otra criada, y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el Nazareno.
72 Y él volvió a negar con juramento: No conozco al hombre.
73 Un rato después, se acercaron a él los que estaban allí, y dijeron a Pedro: Verdaderamente tú también eres de ellos, porque tu manera de hablar te delata.
74 Entonces comenzó a maldecir y a jurar, diciendo: No conozco al hombre. Y luego cantó el gallo.
75 Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente.

CAPÍTULO 27

1 Al llegar la mañana, todos los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo entraron en consejo contra Jesús para entregarlo a muerte,
2 Y después de haberle atado, le llevaron y le entregaron a Poncio Pilato, el gobernador.
3 Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, se arrepintió y devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos,
4 Diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. Y ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? Encárgate tú de eso.

5 Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió y fue y se ahorcó.
6 Y los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre.
7 Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros.
8 Por lo cual aquel campo se llamó Campo de sangre, hasta el día de hoy.
9 Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según lo apreciaron los hijos de Israel;
10 Y las di para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.
11 Y Jesús se presentó ante el gobernador; y éste le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y Jesús le dijo: Tú lo dices.
12 Y cuando fue acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, nada respondió.
13 Entonces Pilato le dijo: ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?
14 Y él no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravilló mucho.
15 En el día de la fiesta acostumbraba el gobernador soltar al pueblo un preso, el que quisiesen.
16 Y tenían entonces un preso famoso, llamado Barrabás.
17 Entonces, cuando ellos estuvieron reunidos, les dijo Pilato: ¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo?
18 Porque sabía que por envidia le habían entregado.
19 Y mientras él estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó decir: No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él.
20 Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiera a Barrabás, y que Jesús fuera asesinado.
21 Respondió el gobernador y les dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Ellos dijeron: A Barrabás.
22 Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: Sea crucificado.
23 Y el gobernador dijo: Pues ¿qué mal ha hecho éste? Pero ellos gritaban más, diciendo: Sea crucificado.
24 Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; vedlo vosotros.
25 Entonces respondió todo el pueblo, y dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.
26 Entonces les soltó a Barrabás, y después de azotar a Jesús, le entregó para ser crucificado.
27 Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a toda la tropa.
28 Y le desnudaron, y le pusieron encima un manto de grana.
29 Y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; y doblando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos!
30 Y escupieron en él, y tomaron la caña, y le golpearon en la cabeza.
31 Y después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus propios vestidos, y le llevaron para crucificarle.
32 Y al salir, hallaron a un hombre de Cirene, llamado Simón; a éste obligaron a llevar la cruz.
33 Y cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota, que significa: Lugar de la Calavera,
34 Le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de probarlo, no quiso beberlo.
35 Y le crucificaron, repartieron sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliese lo dicho por el profeta: Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes.
36 Y sentados le guardaban allí;
37 Y puso sobre su cabeza su causa escrita: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS.
38 Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda.
39 Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza,
40 y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.
41 De esta manera también los principales sacerdotes, burlándose de él, con los escribas y los ancianos, decían:
42 A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar. Si es el Rey de Israel, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él.
43 Él confió en Dios; líbrele ahora, si le quiere; porque dijo: Soy Hijo de Dios.
44 También los ladrones que estaban crucificados con él le arrojaron lo mismo en los dientes.
45 Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.
46 Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
47 Algunos de los que estaban allí, al oír esto, dijeron: A Elías llama éste.
48 Y luego, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber.
49 Los otros dijeron: Deja, veamos si vendrá Elías a librarle.
50 Jesús, habiendo clamado otra vez a gran voz, entregó el espíritu.
51 Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron;
52 Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron.
53 Y saliendo de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos.
54 El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente éste era Hijo de Dios.
55 Y estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole.
56 Entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.
57 Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también era discípulo de Jesús.

58 Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que le entregaran el cuerpo.
59 Y tomó José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia,
60 Y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.
61 Y estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas delante del sepulcro.
62 Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato,
63 Diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré.
64 Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero.
65 Pilato les dijo: Vosotros tenéis una guardia; id, aseguradlo como podáis.
66 Ellos, pues, fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.

CAPÍTULO 28

1 Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro.
2 Y he aquí hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo, y acercándose, removió la piedra de la puerta, y se sentó sobre ella.
3 Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve;
4 Y de miedo de él los guardas temblaron y quedaron como muertos.
5 Y respondiendo el ángel, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado.
6 No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor.
7 E id pronto, y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; y he aquí, él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis; he aquí, os lo he dicho.
8 Y ellas, al irse del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos.
9 Y mientras iban a dar las nuevas a sus discípulos, he aquí Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron.
10 Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.
11 Mientras ellas iban, he aquí algunos de la guardia llegaron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido.
12 Y cuando se reunieron con los ancianos, y hubo habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados,
13 Diciendo: Decid: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos.
14 Y si esto llega a oídos del gobernador, le persuadiremos y os protegeremos.
15 Ellos, pues, tomaron el dinero, e hicieron como se les había instruido; y este dicho se divulgó entre los judíos hasta el día de hoy.
16 Entonces los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado.
17 Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaron.
18 Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.
19 Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;
20 enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.